

XVIII Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo B

QUIÉREME POR LO QUE SOY

Padre Javier Leoz

“Ámame por lo que soy y no por lo que tengo.” Así de conciso, el refranero castellano, nos puede resumir a la perfección el mensaje evangélico de este domingo. Acostumbrados a fiarnos sólo de lo que vemos, nuestra fe nos exige algo más: ir al fondo y no quedarnos en lo externo. Las personas, por lo que sea, nos dejamos seducir rápidamente por los sucesos extraordinarios.

1.- El verdadero milagro de Dios entre nosotros es Jesús. Lo demás, incluidos los signos, prodigios y milagros que realizaba, no estaban encaminados ni mucho menos a satisfacer la necesidad puntual del momento. ¡Iban mucho más allá! ¡Jesús era el Hijo de Dios! Sin esa percepción, sin esa fe, sin esa confianza, los milagros no hubieran sido posible.

No hace mucho tiempo regresaban dos peregrinas de realizar parte del Camino de Santiago en España. Y, a su retorno, una de ellas decía: “No nos hemos encontrado con Dios ni con el Espíritu Santo”. La contestación del sacerdote no pudo ser menos clara y contundente: “¿Ya lo habéis buscado?” Y es que no siempre, entre los pliegues de lo que decimos creer, sentir o celebrar, damos lugar a lo más extraordinario de todo ello: la presencia de Cristo en medio de nosotros. Nos puede ocurrir un poco como aquella maraña de carreteras que, de tanto cruzarse entre sí mismas, no había forma de salir al camino principal. ¿Ya buscamos a Jesús en medio de los caminos y recovecos entre los que nos encontramos? ¿Ya le decimos que sea el mejor milagro de nuestro vivir? Una fe oportunista (creo cuando veo o cuando siento) no es buena. ¿También vosotros os queréis marchar?

2. La Iglesia, en estos momentos, también tiene el mismo problema que sufrió Jesús en propias carnes. Hay muchos que, lejos de verla como un signo de la presencia de Dios en el mundo, la toleran porque hace el bien. Porque soluciona problemas. Porque llega a los lugares más recónditos del mundo levantando hospitales, construyendo orfanatos o cuidando a los enfermos de Sida. Pero, la Iglesia, no desea que sea apreciada por su labor social o humana. Su fuerza, su orgullo y su poder no está en esas obras apostólicas (que están bien y son necesarias para calmar tantas situaciones de miseria o injusticias). El alma de nuestra Iglesia, de nuestro ser cristiano es Jesús. Un Jesús que tan sólo nos pide creer en El como fuente de vida eterna. Como salvación de los hombres y de todo el mundo.

3.- A Jesús, primero, le pedían pan. Luego le exigían más y, al final, solicitaban de Cristo, todo, menos lo esencial: su Palabra, su Reino, la razón de su llegada al

mundo. Al final por pedir pidieron hasta su cuerpo en cruz. ¿Pudo dar algo más? Que sigamos viviendo nuestra fe con la seguridad de que, Jesús, sigue siendo el pan de la vida. Y, sobre todo, que amemos al Señor no por aquello que nos da, sino por lo que es: Hijo de Dios.

4.- TE BUSCO, SEÑOR

Aunque lo haga de una forma equivocada,

e incluso, a veces porque me das lo que me conviene.

Pero créeme, Señor, que te busco porque te quiero.

Aunque a veces la cruz me pese demasiado

Aunque, en otros momentos,

no entienda en algo o en mucho tus misterios

Aunque, la vida terrena,

me guste más que aquella que en el cielo me espera

TE BUSCO, SEÑOR

No por lo que me das, aunque me lo ofrezcas

No porque me acompañas, que te lo agradezco

No porque me iluminas,

aunque a veces prefiera vivir en la oscuridad

Sólo sé, Señor, que te busco.

En cada día y en cada acontecimiento

En la escasez y en la abundancia

En el llanto y en la sonrisa

Cuando las cosas vienen de frente

y, cuando el suelo por debajo de mis pies,
se abre en un peligroso boquete

TE BUSCO, SEÑOR

Aunque mi fe no sea sólida

y, a veces, exija pruebas de tu presencia

Aunque dude, y a continuación,

te dé la espalda y no pueda defenderte

Aunque no trabaje demasiado

por tu causa y por tu Evangelio

Sólo sé, Señor, que no dejo de buscarte

Que no dejo de quererte

Que no dejo de pensar

que, sin Ti, mi vida sea muy diferente.

Gracias, Señor